

Edna Aizenberg*

➤ Las piedras de la memoria: Buenos Aires y los monumentos a las víctimas

1. De las *Alturas de Macchu Picchu* a los *Bajos del Temor*

Cuando pensamos en la monumentalidad latinoamericana, en las piedras que atesoran su memoria, surgen ante nuestros ojos las construcciones telúricas de la América precolombina: Machu Picchu, Teotihuacán, Chichén Itzá. “Alta ciudad de piedras escalares”, escribió Neruda, “[m]adre de piedra, espuma de los cóndores. [...] Esta fue la morada, éste es el sitio” (Neruda 1967, I: 339): éste es el sitio, el *lieu de mémoire* de la grandeza y la miseria americanas. Por eso, interroga el poeta en su verso: “Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo?” (Neruda 1967, I: 345).

Los grandes sitios de la memoria latinoamericana han variado poco al cierre del siglo veinte. A diferencia del paisaje memorístico de Europa, marcado profundamente por acontecimientos tan cercanos a nosotros que los hemos vivido, lo característico de América Latina –salvedad hecha de los monumentos triunfalistas dedicados a descubridores o próceres, de alguna importante plaza, catedral o iglesia– sigue siendo lo precolombino. En Alemania, el Muro de Berlín quizás fue el mayor, si no intencionado, monumento a la Segunda Guerra Mundial; en América Latina, “el Muro” es el de Machu Picchu al que canta Neruda (“El muro, el muro! Si sobre su sueño / gravitó cada piso de piedra [°]”, Neruda 1967, I: 346), o el de la pirámide de Teotihuacán evocada por Octavio Paz (“ruinas vivas en un mundo de muertos en vida”, Paz 1968: 211). Los peregrinajes a los lugares de la memoria, tanto los de índole turística, como los emprendidos con intenciones socioculturales o políticas más profundas, reiteran esta tendencia mnemónica. ¿Quién viaja a América Latina para buscar al hombre o a la mujer entre la “piedra en la piedra” *de nuestros días*? ¿Cómo rememora la “piedra en la piedra” *de nuestros días* al haraposado en la base, al asesinado, al desaparecido, al que una bomba hizo añicos?

Hago estas reflexiones con la intención de abrir un espacio para un mapa más amplio de los lugares de la memoria latinoamericana, un mapa contemporáneo. *Mi camino* me lleva no a las Alturas sino a los Bajos; me lleva a Buenos Aires, cuyo poco majestuoso

* Edna Aizenberg es profesora titular y directora del programa de Estudios Hispánicos en el Marymount Manhattan College de Nueva York. Ha sido profesora invitada y conferencista en diversas universidades de Estados Unidos, Europa e Israel. Sus publicaciones abarcan la crítica literaria y los estudios culturales latinoamericanos; es especialista en la obra de Borges, sus libros sobre el autor incluyen *The Aleph Weaver* (1984), *Borges and His Successors* (1990), y *Borges, el tejedor del Aleph* y otros estudios (1997). Su más reciente libro es *Parricide on the Pampa? A New Translation and Study of Alberto Gerchunoff's "Los gauchos judíos"* (2000).

“río de sueñera y barro”, como lo llamara Borges (1974: 81), un río con peligrosos “Bajos del Temor” (Kociancich 1992), posiblemente sea un escenario apropiado para empezar a bosquejar este mapa alternativo. Lo que me trae a Buenos Aires es la historia reciente con su carga de pedacitos rotos, la historia de las últimas dos o tres décadas, no más, aunque sus raíces alcancen los tiempos de la Colonia, o el pasado precolombino.

Camino por la Buenos Aires contemporánea, y su paisaje memorístico me recuerda con insistencia creciente al de las grandes capitales modernas (¿posmodernas? ¿poscoloniales?), desfiguradas por los horrores del siglo veinte, y, pasados los horrores, señadas por el controvertido trabajo arquitectónico de recordación – murales conmemorativos, monumentos, jardines, espacios públicos de reflexión. Buenos Aires siempre se ha jactado de ser la más “europea” (hoy día sería la más “globalizada”) de las metrópolis latinoamericanas, el “París del Sur.” De manera perversa lo es: caminando por ciertas calles de Buenos Aires y sus alrededores pienso en las calles de Berlín con sus múltiples placas recordatorias, como la de la estación de metro de Wittenbergplatz con su simple leyenda: “Orte des Schreckens, die wir niemals vergessen dürfen”, “lugares del terror que nunca debemos olvidar”, y la nómina de los campos de concentración; o los cementerios de las playas de Normandía, que visité en un día de lluvia y viento, con sus filas y filas de cruces y un silencio escalofriante; pienso en el recinto de Yad Vashem en Jerusalén, cuyo conjunto abrumador de avenidas bordeadas de árboles, esculturas recordatorias, plazas, salas, y museos testimonian el Holocausto implacablemente a través del multifacético, continuo, y cambiante trabajo de la memoria arquitectónica.

Quizás sorprendan estas analogías, tan poco “latinoamericanas”; pero sobre el trasfondo de las dictaduras argentinas de los años setenta (el eufemísticamente llamado “Proceso de Reorganización Nacional”), de los desaparecidos y las Madres de la Plaza de Mayo, de la desastrosa Guerra de las Malvinas a comienzos de los ochenta, la destrucción de la Embajada de Israel en Buenos Aires, seguida de la análoga devastación del edificio de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), el centro comunitario judío más importante de América Latina en los noventa, estas analogías no me resultan desatinadas. Las ruinas que vemos hoy, los muros, las inscripciones, los memoriales que recuerdan tanto terror se emparentan en grado infinitamente más directo con aquella placa de Berlín – “lugares del terror que no debemos olvidar” – que con las piedras de un remoto pasado. Esto también es parte de América Latina; éstos también sus sitios de la memoria.

Insisto en eso porque el tema se ha considerado muy poco, o nada. Hasta ahora no ha sido la piedra el lugar privilegiado de la memoria contemporánea; la escritura ha ejercido en América Latina “el santo oficio de la memoria” como dijera Mempo Giardinelli. “Memoria y literatura” es el título aproximado de múltiples testimonios, poemas, novelas, ensayos, obras de crítica. Y en efecto, la palabra y el libro son sitio de resistencia y recordación. Uno de los primeros memoriales a las víctimas de la AMIA fue un álbum hecho por el poeta argentino Eliahu Toker, en sus palabras, una “suerte de monumento de papel y tinta” (Toker 1995: vii). Aquí la tradición latinoamericana se emparenta con la hebraica, ya que los *yizkor-bijer*, “libros de la memoria” en yiddish, constituyen una parte esencial del repertorio mnemónico judío después del Holocausto. “Para los asesinados sin tumba”, escribe James Young en su penetrante estudio sobre los memoriales a la Shoah, “hasta sin cuerpos para enterrar, estos libros recordatorios sirven como lápidas simbólicas” (Young 1993: 7).

Pero el espacio *físico* de la memoria ha sido objeto de poco comentario. Los *shop-pings* y los carteles publicitarios como componentes de la actual geografía urbana de Buenos Aires han recibido más y mejor crítica (Sarlo 1994) que los monumentos a las víctimas, a pesar de que éstos también están cambiando la faz de la que fuera “París del Sur” de manera dolorosa y profunda.

2. Lugares de ausencia y presencia

En este espacio escritural quiero comenzar mi recorrido por ese espacio físico del que poco se habla. Será sólo un comienzo, un primer paso hacia un estudio más completo y un mapa que incluiría el todavía no inaugurado Parque de la Memoria, junto a la Ciudad Universitaria frente al río, que será un lugar de recordación para los desaparecidos del Proceso, para que nadie olvide que “el río color de león se tiñó de la sangre de los cadáveres arrojados allí desde los aviones navales” (Comisión Pro Monumento 1999: 2). El mapa igualmente incluiría el monumento en homenaje a los caídos de las Malvinas, que quedó en manos de los militares, hecho al estilo de ellos: unas placas de granito rojo con los nombres de los muertos conformando un semicírculo alrededor de un mástil con la bandera argentina, ubicado en la tradicional Plaza San Martín, junto a la estatua ecuestre del “Padre de la Patria”, que murió desterrado en Francia. También incluiría el Monumento a la Democracia que acaba de inaugurar el renombrado escultor cinético checo-argentino, Gyula Kosice, emplazado en la plazoleta de 9 de Julio y Marcelo T. de Alvear, en lo más “high” de la geografía porteña. El monumento consiste en un conjunto cambiante y móvil de hormigón, espejo, y agua. El agua, en forma de una fuente con tres bocas, representa la libertad, la solidaridad, y la paz; el espejo, una esfera de acero pulido, el entorno ambiental (¿y político?) cambiante. El único monumento en el mundo dedicado a la democracia, como observa Kosice, fue concebido después de la dictadura, en la época en que la Argentina volvió a la democracia (fig. 1).

En ese futuro estudio consideraré las paradójicas implicaciones del paradójico honor que Kosice le ha otorgado a su patria adoptiva. Aquí empezaré marcando el primer punto del mapa de la memoria por venir, un lugar de ausencia y presencia en recuerdo de una de las catástrofes que más conmovió a la sociedad argentina en la última década, el atentado a la AMIA. El sitio forma parte de un triángulo de monumentos a la tragedia, con ángulos en la Calle Pasteur –objeto de mi análisis–, en la Plaza Lavalle frente al Palacio de los Tribunales, y en el Cementerio de la Tablada. El triángulo, que quizás recree al triángulo geográfico mortífero y presciente de “La muerte y la brújula”, señala no sólo la *necesidad* de recordar sino también las distintas *formas* de recordación, y las acaloradas controversias que conlleva la memoria. ¿Qué recordamos y qué olvidamos, y cómo y por qué?

3. Nuestra casa es una fosa colectiva

El 18 de julio de 1994 a las 9:53 de la mañana un poderoso explosivo destruyó una cuadra entera en el centro de Buenos Aires. El objetivo inmediato del explosivo fue el edificio de la Asociación Mutual Israelita Argentina, pero la bomba no discriminó: 86 personas de todos los credos y las etnias murieron aquel día, decenas fueron heridas,

y poco quedó de los edificios de departamentos, escuelas, y negocios circundantes. Las imágenes que emanaban de la Calle Pasteur parecían venir de Sarajevo, Beirut, o Kosovo, de alguna ciudad destripada por la violencia sectaria. Han pasado seis años desde aquel siniestro día, pero el crimen sigue sin aclararse. Intereses ideológicos y políticos, y una tradición de injusticia e impunidad se han juntado para impedir que los culpables domésticos e internacionales del atentado sean desenmarcados y condenados (Aizenberg 2000).

Esta falta de resolución nutre una poderosa necesidad de rememoración. Los muertos de la AMIA, como los del Proceso y de las Malvinas, nunca habrían sido olvidados por sus deudos, y gracias a la insistencia incansable de éstos, posiblemente tampoco por una nación no siempre dispuesta a recordar. Pero el hecho de que, salvo algunos personajes menores, los asesinos siguen impunes y desconocidos y caminan entre nosotros, ha alentado un trabajo memorístico aún más intenso, más urgente, más obstinado, más combativo. El peso de la historia argentina de los últimos lustros, el fuerte componente memorístico de la herencia hebraica, y el irresuelto dolor han confluído para producir, en lo que en el contexto argentino es poco tiempo, un conjunto de monumentos y espacios que intentan fijar el recuerdo y la herida, pero que también incitan a la acción.

4. Pasteur 633

El sitio de la tragedia es el primer *lieu de mémoire*, el más complejo y controvertido. Inaugurado en 1945, el edificio de la AMIA había sido construido como una afirmación de sobrevivencia en el Nuevo Mundo después de la hecatombe del Viejo. Podría decirse que el edificio mismo constituía una especie de monumento, ya que atesoraba las instituciones y bibliotecas que habían existido en Europa, y que ya no eran. La destrucción de este memorial vivo y símbolo de resurrección un año antes de su quincuagésimo aniversario, en una época que por fin parecía haber dejado atrás el terrible legado del medio siglo, tuvo carácter simbólico (Toker 1995: viii). Esa evidencia no fue ajena a la manera en que se configuró el lugar de la memoria en este sitio.

Poco después del atentado, las ruinas del edificio fueron rodeadas de un cerco de madera del tipo que se utiliza comúnmente en las obras en construcción —o demolición— para proteger a los transeúntes. Pero este cerco cotidiano, banal, que apenas escondía los escombros que se elevaban precariamente detrás de él, se convirtió muy pronto en un lugar que quisiera denominar *sagrado*. Pintado de negro, con los nombres de las víctimas y las palabras “justicia y memoria” escritas con aerosol blanco, el humilde cerco se transformó en El Cerco: “Se ruega respetar este lugar”, declaran los carteles pegados a la parte superior, y también: “recordar el dolor que no cesa” (fig. 2).

Este cerco nos recuerda el poder que puede emanar del monumento espontáneo (“*found*” monument), como en el caso del Muro de Berlín, hoy prácticamente desaparecido (Young 1993: vii; Herman 2000). La fragilidad física del cerco, su escaso, si no nulo, valor estético no mengua su potencia simbólica, casi religiosa. El 18 de cada mes tiene lugar una ceremonia frente al cerco. Allí, portando cada uno una pancarta con el rostro, el nombre y la edad de su ser querido, los familiares dan lectura a un texto, y tras un minuto de silencio nombran una por una a las víctimas encendiendo una vela y colocando una rosa en memoria de cada una de ellas. En un clima de intensa emoción, esos

días culminan con la lectura de poemas, denuncias y plegarias. El cerco y los escombros son como el Muro de los Lamentos, dijo un joven, lo que quedó después de la destrucción del Templo de Jerusalén (*AMIA: 18 de julio y después* 1999 - 2000).

Las pancartas con el rostro, nombre y edad del ser querido se vinculan con otro gesto memorial del pasado argentino reciente: las fotografías que llevaban las Madres de la Plaza de Mayo –en el espacio por excelencia del poder argentino– durante los años del Proceso para que no se olvidaran sus hijos y nietos desaparecidos, para que fueran liberados (Guzmán Bouvard 1994). Efectivamente se han forjado lazos entre Las Madres y grupos como Memoria Activa y Familiares y Amigos de las Víctimas del Atentado a la AMIA. Frente al cerco de la AMIA el Proceso dialoga con el Holocausto, el antiguo y sagrado Muro de los Lamentos de la Ciudad Santa con los tabiques más efímeros de las obras de construcción argentinas. La complejidad y la discordia de la memoria en este sitio sobrepasa a la de los otros dos sitios que mencioné, la Plaza Lavalle y el Cementerio de la Tablada, porque, volviendo a Neruda: “Esta fue la morada, éste el sitio.”

El cerco provisorio, pues, no pudo contener *toda* la carga de la memoria, que desbordó a la cuadra entera, ahora convertida en un paseo de conmemoración plantado de 86 árboles, cada uno con una placa que consigna el nombre de un muerto. La plantación de árboles reviste un significado particular: a diferencia de la piedra, el árbol vive y crece, contiene la promesa de una reparación, de un futuro. El simbolismo de la Calle Pasteur remite al de Yad Vashem, cuya entrada es un paseo bordeado de árboles, cada uno con una placa que recuerda el nombre de un justo que salvó vidas humanas durante la Shoah. Pero el desborde del cerco a la calle no ocurrió sin resistencia. Cuando la agrupación Familiares y Amigos de las Víctimas solicitó que, además de la plantación, se cambiara el nombre del tramo de la calle Pasteur frente al edificio destruido denominándolo “Mártires de la AMIA” para reforzar el simbolismo, la municipalidad se negó, proponiéndolo sólo como subtítulo, para disminuir la carga (oficial) de dolor y culpa. “Nosotros no queremos que sea un subtítulo”, insistió Sofía Kaplinsky Guterman, madre de Andrea, muerta en el atentado. “Realmente queremos darles a las víctimas el lugar que se merecen” (*AMIA: 18 de julio y después* 1999 - 2000).

5. ¿Cómo darles el lugar que se merecen?

Los conflictos en torno a esta interrogación tan crucial surgieron no sólo con el estado argentino, como otros estados tan esquivo a marcar sus propios crímenes, sino también entre los más cercanos a las víctimas. En mayo de 1999, apenas a dos meses del quinto aniversario del atentado, fue inaugurado un nuevo edificio de la AMIA, levantado sobre las cenizas del otro. Ahora, detrás del cerco ya no se levanta la herida de las ruinas sino una gigantesca mole de cemento armado color gris, un búnker antiterrorista diseñado con el más sofisticado sistema de seguridad para evitar que una bomba vuelva a destruirlo. Y en la plaza seca, entre el edificio y el cerco, se levanta ahora un monumento a las víctimas de la AMIA diseñado por un colega y coetáneo cinético de Kosice, el artista franco-israelí Yaacov Agam. En la Avenida 9 de julio y Marcelo T. de Alvear un conjunto cambiante y móvil de hormigón, espejo y agua para celebrar la democracia; en la Calle Pasteur 633 un conjunto cambiante y móvil de columnas, colores y formas para homenajear y recordar a los que la democracia no pudo proteger (fig. 3).

Con el flamante edificio y el flamante memorial el equilibrio mnemónico de la calle ha sido alterado profundamente, de un modo que irrita a los deudos. “Están construyendo sobre la sangre de nuestros seres queridos”, protestó uno de ellos. “No había que tocar los escombros, la nueva sede no representa un triunfo de la vida”, como arguye el oficialismo (Young 1999: 18). Para el oficialismo el cerco, el lugar sagrado, se ha convertido en un estorbo visual; hay que derribarlo. Pero si se lo derriba, parece dudoso que el monumento de Agam pueda cargar con la densidad recordatoria de Pasteur 633. Constituido por nueve columnas multicolores erigidas sobre una base, el monumento invita al observador a caminar entre las columnas, internándose en un laberinto de imágenes cambiantes que progresa desde la destrucción (columna I) hasta la reconstrucción (columna IX) (fig. 4). “A mucha gente le gusta porque en todo ese ámbito el color atrae y se enganchan con el recorrido”, dijo Anita Weinstein, una sobreviviente del atentado, “pero sentimos que eso no era lo que tiene que estar allí, le falta emotividad, no llega al corazón, no incluye un homenaje a las víctimas” (comunicación personal).

Agam había sugerido un homenaje más personalizado: además de las columnas, 86 escalones de colores a lo largo del edificio simbolizarían a cada uno de los muertos. Esa escalera (¿celestial? ¿bíblica?) fue eliminada del plan, por falta de presupuesto, se dijo, y se la reemplazó por una modesta placa de vidrio con los nombres grabados, una suerte de remoción a segundo plano de lo que en rigor debía figurar en primer plano (fig. 5). Se critica, además, la escasa “argentinidad” y “representatividad” del monumento. “Hubiera sido más oportuno llamar a artistas argentinos en una convocatoria a nivel nacional, de manera de afirmar la conciencia de que este atentado nos ocurrió a *todos* los argentinos”, arguyó Mariana Shapiro, cuyo diseño fue elegido en un concurso para el memorial la AMIA en el Cementerio de la Tablada (comunicación personal). Una tragedia acaecida al pueblo debe ser representada por el pueblo; una catástrofe ocurrida por errores de la democracia debe ser rememorada afirmando la democracia. Este no fue el caso de la escultura de Agam, concebida desde arriba, por comisiones, directivos y embajadores, sin consultar a los familiares, a la comunidad. Es otro ejemplo, opinaron muchos, de la forma en que en términos absolutamente no democráticos se decidieron tantas cosas relevantes en la Argentina de las últimas décadas.

6. Neruda sobre el cerco

Recién instaladas, poco telúricas, pluriculturales, dolorosas, controvertidas, estas nuevas piedras de la memoria, sin embargo, insisten en su latinoamericanidad, en sus vínculos con los grandes formadores de la conciencia y la memoria del continente. Por eso, Neruda *está* presente sobre el cerco. La siguiente versión levemente transformada de su poema “Siempre”, del *Canto General* (Neruda 1967, I: 505) del apareció pegada, manuscrita, al lado de los nombres de las víctimas:

Siempre

Aunque los pasos toquen mil años este sitio
no borrarán la sangre de los que aquí cayeron.

Y no se extinguirá la hora en que caísteis
aunque miles de voces crucen este silencio.

La lluvia empapará las piedras de la plaza
pero no apagará vuestros nombres de fuego.

Miles de noches caerán con sus alas oscuras
sin destruir los días del final del sufrimiento.

Un día de justicia conquistada en la lucha
y vosotros, hermanos, caídos en silencio,
estaréis con nosotros en ese vasto día
de la lucha final, en ese día inmenso.

Neruda *está* presente sobre el cerco, pero no con sus *Alturas*, porque lo que abruma aquí no es el peso monumental de una cultura pasada sino el peso memorístico de una barbarie presente. Las nuevas piedras de la memoria nos instalan plenamente en el *aquí* y el *ahora*, desafiándonos a reconfigurar el mapa mnemónico de América Latina.

Bibliografía

- Aizenberg, Edna (2000): "Las madres de la Calle Pasteur: la lucha por el pluralismo en la Argentina." En: *Revista Iberoamericana*, 191: 339-345.
- AMIA: *18 de julio y después* (CD-ROM) (1999-2000). Buenos Aires: KehilaNet.
- Borges, Jorge Luis (1974): *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Comisión Pro Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado (1999): "Documento leído en el acto de la colocación de la piedra fundamental del monumento a las víctimas del terrorismo del estado, 24 de marzo de 1999."
- Giardinelli, Mempo (1991): *Santo Oficio de la memoria*. Buenos Aires: Norma.
- Guzmán Bouvard, Marguerite (1994): *Revolutionizing Motherhood. The Mothers of the Plaza de Mayo*. Wilmington, DE: SR Books.
- Herman, Burt (2000): "Berlin Wall Goes Back to the Future." En: *USA Today*, 14 de agosto.
- Kociancich, Vlady (1992): *Los Bajos del Temor*. Barcelona: Tusquets.
- Neruda, Pablo (³1967): *Obras completas*. 2 vols., Buenos Aires: Losada.
- Nora, Pierre (1992): *Lieux de mémoire*. Paris: Gallimard.
- Paz, Octavio (²1968): *Libertad bajo palabra. Obra poética [1935 - 1957]*. México: FCE.
- Sarlo, Beatriz (1994): *Escenas de la vida posmoderna: intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Toker, Eliahu (1995): *Sus nombres y sus rostros: álbum recordatorio de las víctimas del atentado del 18 de julio de 1994*. Buenos Aires: Editorial Milá/AMIA.
- Young, Gerardo (1999): "La AMIA, 1772 días después." En: *Clarín*, 1 (19), 27 de mayo.
- Young, James E. (1993): *The Texture of Memory. Holocaust Memorials and Meaning*. New Haven: Yale University Press.

Fig. 1: Gyula Kosice, *Monumento a la Democracia*

Fig. 2: Ruinas del edificio de la AMIA con el cerco de madera

Fig. 3: Nuevo edificio de la AMIA con la escultura de Agam

Fig. 4: Escultura de Yaacov Agam

Fig. 5: Placa recordatoria para las víctimas de la AMIA adjunta al monumento de Agam